

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

En la infancia de las Sociedades, en aquellos tiempos de la remota civilización oriental, la mujer ofrecía, para desdicha de la humanidad entera, los caracteres de la más humillante dependencia. Se la consideraba injustamente como esclava, de su propio esposo. La repugnante poligamia dominó en todos los países, hasta llegar la gloriosa era del cristianismo, en que, otorgándose al sexo débil sus justos derechos, se trocó á la sierva en compañera del hombre, y se sancionó de una manera solemne su unión con él; siendo este el cimiento de la nueva sociedad, que se alzó fuerte y robusta sobre las ruinas de la antigua. El matrimonio fué entonces la legítima y dulce consagración del amor; y la mujer, dotada de un alma noble y elevada, no olvidaba nunca que se debía toda ella á la felicidad de un solo hombre, y que la unía á él el santo é indisoluble lazo; cumpliendo así los altos fines que en la tierra le están encomendados.

De aquellas amantes esposas conserva nuestra Historia sublimes ejemplos; alguno de los cuales nos proponemos narrar en este y otros sucesivos artículos.

HIMILCI

Fué ésta la digna compañera de Aníbal; de aquel hombre superior, considerado por Napoleón I como el admirable guerrero de la antigüedad. La perfecta hermosura de Himilci y la cándida pureza de su infantil sonrisa, cautivaron al gran caudillo, precisamente el día en que éste recorría la ciudad de Cástulo, recogiendo los justos laureles que en entusiasta ovación le prodigaban los castulonenses. En aquel momento, el intrépido guerrero sintió en su corazón esa gota de rocío que desciende sobre el cáliz de la vida, llamada amor. La ambición de las victorias para su patria, y la de ser dueño de aquella criatura angelical, amalgamáronse en su alma y en su espíritu; y consideró como glorioso trofeo el unir á ella su existencia. Bien pronto el indomable debelador de Roma, realizó su sueño de ventura, haciendo su esposa á la elegida de su corazón.

Himilci, la amante compañera de Aníbal, fué también una de las mujeres más amantes de su patria. Utilizaba el arma del amor en beneficio



de sus conciudadanos; y los magníficos impulsos de su alma bravia hallaban eco en el corazón de su esposo, quien identificado con sus nuevos hermanos, abrió caminos, construyó fuertes, limpió el país de salteadores, y edificó en las cúspides de las montañas ó á orillas de los caminos, torres que protegían á los viajeros, lo propio que á los habitantes del campo, y mantenían comunicaciones y severa vigilancia en todas nuestras comarcas.

En Himilci cifraba Aníbal todas las esperanzas de su porvenir. [Cómo no, si llevaba en sus entrañas al hijo deseado! Este vió la luz primera, cuando la destrucción de Sagunto; enardeciendo en el afortunado conquistador el natural deseo de acrecentar su fama con nuevas victorias.

Aquella mujer de alma hercúlea, por cariño, acompañaba siempre á

su esposo en todos los combates, compartiendo con él los azares de la guerra; pero, Aníbal, al proyectar introducir un ejército en Italia, atravesando los Alpes, empresa gigantesca, titánica, impulsada por su odio á los romanos, no quiso exponer ni á su mujer ni á su hijo, el inocente Aspar, á los grandes peligros que debían presentarse, y decidió partir solo.

Llegó el día terrible de la despedida. Juntos se dirigieron á orillas del mar. Allí está el bajel que se balancea impaciente sobre la inmensa superficie del agua, como si quisiera abreviar el triste coloquio de los amantes esposos. Aníbal se desprende de los brazos de su fiel consorte, y después de estampar amorosos besos en las mejillas del tierno infante, entra precipitadamente en la embarcación. El héroe olvida por un momento la patria, y deja que su corazón se desborde en raudales de amor y sentimiento hacia aquellos dos seres tan queridos para él.

La quilla del buque hiende la líquida inmensidad, y desaparece flotante entre los pliegues de las olas, mientras la desolada esposa, con la mirada fija en el azulado espacio, vierte lágrimas de amargura que, desprendidas de sus ojos, brillan en sus mejillas cual preciosos diamantes. Cuando las brumas del horizonte envuelven por completo la embarcación, la madre estrecha en sus brazos al pequeñuelo, y el beso maternal se confunde, en aquel rostro infantil, con el que transmite, en alas de su imaginación, á aquel hombre que la ama con el amor intenso y profundo con que saben amar los grandes héroes.

Aníbal logró realizar sus ensueños de gloria, obteniendo nuevos triunfos, al poner en práctica aquella empresa colosal en que tuvo que vencer á la naturaleza, para humillar más tarde á los romanos; pero, mientras coronaban sus sienas los laureles conquistados con tanta bravura en su heroica batalla, la espada del dolor atravesaba el corazón de Himilci. Peligraba la vida de su hijo amado. Un decreto del Senado cartaginés, impulsado por fanáticos errores, motivaba el horrible pesar de la infeliz madre. Había éste determinado, para que los Dioses protegiesen á Aníbal, ofrecer en holocausto á la voraz divinidad los niños de las más ilustres familias cartaginesas; renovando así los antiguos sacrificios á Saturno. La suerte adversa quiso que fuese uno de los designados el hijo del gran caudillo. En tan supremo instante, la madre siente en su corazón toda la fiera de la leona herida; hierve el sentimiento maternal en su pecho, como terrible oleaje al batir las inamovibles rocas; sus miembros adquieren un vigor extraordinario; y con su hijo en los brazos, se presenta ante el Senado, defendiendo heroicamente la vida del tierno niño. La energía y la elocuencia de su palabra, inspirada por el amor maternal, la sangre española que se revela en su porte imponente y conmovedor, y más que estos sublimes sentimientos del alma, su exuberante hermosura, verdadera riqueza escultural, conmovieron tanto á los senadores cartagineses, que prorrogaron el plazo, hasta consultar con Aníbal aquella tenaz resistencia.

La contestación del intrépido defensor de Cartago no se hizo esperar. «Si la sangre inocente ya vertida—dijo,—no fuese suficiente para tener propicia á la divinidad, juro derramar sangre de romanos, en inmensa hecatombe, hasta saciar á Saturno de humanos sacrificios. Himilci es mi esposa, y Aspar la esperanza de la patria, por ser hijo de Aníbal.»

No había transcurrido mucho tiempo, cuando, en la batalla de Cannas, cumplió su promesa, dejando tendidos en el campo del combate cincuenta mil romanos, haciendo prisioneros á doce mil, y mandando á su patria multitud de anillos arrancados á los cadáveres; anillos que, en lugar de la sangre de su hijo, fueron repartidos en el vestíbulo del Senado cartaginés.

Regocijado el pueblo con tan gloriosos sucesos, y reconociendo el mérito de la compañera de Aníbal, en cuyo corazón se veían esmaltados los más nobles sentimientos de piedad y amor hacia sus súbditos, llevarónla triunfante al templo de sus Dioses, en compañía de Aspar, que ya consideraban como sucesor del insigne guerrero.

Al ver Himilci asegurada la vida de su hijo con estas demostraciones de cariño y con los señalados triunfos de su amante esposo, su corazón regocijábbase de contento, mecido por las más risueñas y halagadoras esperanzas. Lo propio sucedíale á Aníbal, sólo al imaginar el feliz momento de estrecharla en su amoroso seno; pero, en vísperas de realizar tan dulce ilusión el afortunado vencedor de Roma, la muerte cruel y traidora llevóse entre sus brazos de nieve á aquella compañera tan querida y á aquel hijo en quien cifraba todas las esperanzas para el porvenir. Una terrible epidemia que invadió la Bética, arrebatóle aquellas dos vidas, dejándole en el mayor aislamiento, é inspirándole el hondo despecho que le apartó de la gloriosa senda comenzada; sin que logran adormecer su dolor los embriagadores placeres de Capua. La terrible guadaña cortó de raíz la felicidad del héroe; mas, su nombre con sus victorias y trofeos, quedó imperecedero en la Historia, así como el de Himilci, mujer sublime: el más bello modelo de esposas y madres.

JOSEFA GUTIERREZ



¡Madre mía! ¡madre amada!
Desde el día en que á no verte
me condeó de la muerte
la implacable condición;
nunca tu nombre he invocado,
en placeres ni en enojos,
sin lágrimas en los ojos
y en la mente una oración.

Hoy llego hasta el frío lecho
en que tus restos reposan;
hoy ¡madre! mis manos osan
á tu sepulcro llamar.
Perdona si tu descanso
altera mi voz impía;
mas, me falta ¡madre mía!
un modelo que copiar.

Polvo eres ya, y un solo átomo
no hallaré en tu sepultura,
de la gentil hermosura
con que el Señor te adornó.
Vano es, de entre las cenizas
que surja tu cuerpo espere;
pero el alma nunca muere,
y esa ¡madre! busco yo.

Quiero aspirar la poesía
que en tu memoria se encierra;
envía el alma á la tierra,
deja que llegue hasta mí...;
deja, aunque llanto copioso
mi pecho filial taladre,
si he de cantar á una madre,
¡que te cante, madre, á tí!

A tí, que fuiste en el suelo
iris de eterna bonanza,
dulce raudal de esperanza,
bálsamo á todo dolor.
A tí, que dejar supiste,
como una estela gloriosa,
entre mi cuna y tu fosa
todo un poema de amor.

El primero en tus entrañas
tuve albergue pasajero,
y el dolor más rudo y fiero
te hice ¡madre! conocer...;
mientras me dabas gozosa,
á trueque de tantas penas,
con la sangre de las venas
una parte de tu sér.

Débil tronco, rosal tierno;
del amor á los arrullos,
¡cuántos fragantes capullos
diste al jardín terrenal!
¡Cuán hermosos, cuán lozanos
los capullos florecieron
y sus cálices abrieron
en el maternal rosal!

Ni uno solo de tus hijos
bebí en pecho mercenario
el sustento necesario
á su creciente vigor;
todos, todos encontramos,
de tus fuerzas á despecho,
savia de vida en tu pecho,
en tu regazo, calor.

Cada sér que diste al mundo
puso, hiriendo tu belleza,
una cana en tu cabeza,
trazó una arruga en tu tez:
aun recuerdo que decías,
en ellos tus ojos fijos,

¡cuando la traen los hijos
bienvenida la vejez!

Desde el instante solemne
en que alcanzó el hombre amado
todo el tesoro guardado
en tu cuerpo virginal...;
renunciaste al mundo entero,
de tu pecho en el santuario,
para subir el calvario
del cariño maternal.

Y ya se hundió en Occidente
el sol que, al darte alegría,
rosadas tintas vertía
en tu rostro encantador;
y ya surgió en el espacio
triste luna agonizante,
para bañar tu semblante
con su pálido fulgor.

Sobrado niños nosotros
para observar tu quebranto,

sin dar valor á tu llanto,
mucho te hicimos llorar;
¡mucho! labraron impíos
de tu martirio la palma,
siempre un temor en el alma,
á cada instante un pesar.

¡Cuán cariñosa y risueña
nos mostrabas, madre amada,
la virtud, engalanada
con su ropaje mejor!
¡Con qué amoroso desvelo
detenías nuestro paso,
si ignorante entraba acaso
en la senda del error!

¡Con qué inefable dulzura
se infiltraba en nuestro oído
tu rezo, en pos repetido
por nosotros á compás!
¡Cuán sellabas con un beso
esa plegaria sublime
que en el cerebro se imprime,
que no se olvida jamás!

¡Cuántas auroras te vieron
meciendo al hijo adorado
y con canto improvisado
conviviéndole á dormir!
¡Cuántos días, cuántas noches
te hallaron junto á su lecho,
estudiando de su pecho
el agitado latir!

Más de una vez, cuando, estéril
tu cuidadoso cariño,
los ojos del tierno niño
se iban cerrando á la luz...;
vi en los tuyos desbordarse
tanto llanto ¡madre mía!
como la Virgen María
derramó al pie de la Cruz.

Aun dentro de mí resuenan
los ayes de tu tormento
al sentir su último aliento,
al darle el postrer adiós.
Aun tu horrible pugna miro,
un cuerpo al otro abrazado,
por retenerle á tu lado
ó partir juntos los dos.

¡Qué labios sino los tuyos
besaban con embeleso
á la muerte! ¡dónde hay beso
de mayor excelcitud!
Para trazar ese cuadro
maternal, fueran infieles
de Murillo los pinceles
y de Espronceda el laúd.

Corta vida, eterna lucha;
y cuando, ¡madre querida!
no hubo ya para otra herida
lugar en tu corazón...;
la vista fija en los mismos
que tu existencia troncharon,
tus pupilas se velaron
con el último crepón.

Adiós, y perdona ¡madre!
al mirar mi desconsuelo,
si teniendo en tí el modelo
no lo he sabido copiar.
¡Cuerpo, pídrete en el fango
de la mundanal escoria;
alma, vuélvete á la gloria,
que es dónde debes estar!

SALVADOR CARRERA

NEURASTENIA

RASGO AUTOBIOGRÁFICO

Los que somos profanos en el arte de Esculapio, si no tenemos el derecho de decir barbaridades cuando de asuntos patológicos se trata, estamos, por lo menos, excusados de emplear el endemoniado tecnicismo de los doctores pedantes: podemos, pues, hablar como en familia.

Yo me permito dividir las curaciones de las enfermedades en dos clases: positivas y negativas. Llamo positivas, las que se hacen valiéndose de medicamentos; y negativas, las que se hacen no valiéndose uno de lo que le hace daño, es decir, por obra y gracia de la higiene, más claro, no tomando remedios.

Y, aunque trato en mis escritos de no exhibirme, obedeciendo en eso al método impersonal que Flaubert practicaba; como fui una vez héroe de una curación negativa, me veo en el lamentable caso de poner en escena el odioso yo...

Es la neurastenia una enfermedad tan antigua como el hombre. Desde que existen hombres, ó animales con sistema nervioso complicado, y causas que puedan determinar un desequilibrio en ese sistema, ha habido neuropatas. Esto, de puro sabido, raya en perogrullada. Pero no vayan á creer que lo digo así, á humo de pajas, es un decir: no. Lo digo, porque he leído escritos de autorzuelos que pretenden pasar por eruditos á la moderna, que hablan de «la nueva enfermedad que padece esta generación», de «el triste y lamentable mal de los intelectuales refinados á lo Verlaine, etc... En lo que sí convengo, es en que la neurastenia sea una dolencia chis, como diría Bonafoux, porque es achaque muy socorrido para darse infulas de modernista á outrance, y, por lo tanto, ha de figurar en lugar honorífico entre las innumerables conquistas del esnobismo...

Fui víctima, no ha mucho, de un largo y hermoso caso neurasténico. Llevaba una vida tan desarreglada y tan á la moderna, que, más de una vez, á causa del desequilibrio orgánico en mí producido, estuve á punto de ser inducido al más aterrador de los dualismos: el manicomio ó el suicidio. Mis delitos de lesa-higiene eran cinco, nada más: beber mucho café, hasta siete copas diarias; fumar muchos cigarrillos, hasta dos paquetes de á 18 al día; beber mucha cerveza, hasta diez botellitas antes de comida; leer mucho, hasta un volumen diario; y estar enamorado, bárbaramente enamorado, como cualquier Tirsis de las églogas de antaño, ó como cualquier Ramón de las Dolores de ogaño...

Era un espectáculo que, en otro, hubiérame dado ganas de reír á carcajadas, pero que en mí no podía ser nada júbilo; el que los nervios exhibían en el teatro de mi infeliz individualidad fisiológica. Era un infernal aquellar, en que la sangre, el corazón, la médula espinal y la masa encefálica tenían que tomar parte, quieras que no, con *susto mayúsculo* del mísero sér humano donde la función se celebraba. Unas veces, se me iban los brujos á la cabeza, me hacían cosquillas, y sentía como si me suspendiesen por un hilo ó una cuerda, de cuyo extremo superior tirasen con fuerza misteriosa. Otras veces, un oleaje de sangre parecía que quisiese hacer estallar la laboriosa viscera de las pasiones, y, entonces, con una mano me *tapaba* el pecho del lado izquierdo, para que no se rompiera la valla de carne y hueso, y con la otra me apretaba la boca, para que al corazón no se le ocurriese escabullirse por allí. De cuando en cuando, sentía como si me clavasen un dardo finísimo en mitad del corazón, como para probarme que, á pesar de todo, vivía, puesto que sentía dolor. Ya era como un hábito de fuego traidor que me quemaba la frente, cuando menos lo esperaba, ó ya como un cosquilleo, con algo de lasitud melancólica que iba jugueteando desde el estómago, pasando rápidamente por el torax y perdiéndose allá, en las alturas, en alguna circunvolución del cerebro, tal vez... ¡Cómo me tomaban el pelo los malditos nervios, cuando yo estaba más descuidado!... Una vez, fué durante un almuerzo, en casa de mi ex novia; estábamos todos muy contentos, muy parlanchines, cuando, de repente, y sin darme lugar á reflexión, viniéronme unas ganas de llorar, una infinita coacción lagrímica, tan ineludible, que tuve que salir

del comedor, gimoteando como un *nene*, y me encerré en un cuarto, á verter lágrimas á raudales... Otra vez, iba por una calle (por fortuna era de noche); cuando menos lo esperaba, se me vino hacia el pecho y hacia la cabeza, de yo no sé qué lejanías, una tropa de duendecillos invisibles, pero espeluznantes, como si fuesen los mensajeros de mi muerte próxima, algo que me obligaba á morir al galope; y yo veía la *guadaña de la muerte* afilada para mí, y tanto, que me dije desesperado: «Si llego á aquella esquina *sin morirme, estoy vivo*: me habré salvado...» Y, efectivamente, llegué, es decir, *resucité*, y, para celebrar *mi triunfo*, lancé un grito, un grito atronador de loco furioso, que asustó á una señora, amiga mía, que tomaba el fresco en una ventana, y me preguntó si me habían dado algún balazo...

Tuve que hacerme ver de un médico. Era mi situación, en verdad, desesperante. Mis amigos se lamentaban de mis *interías*; y á un buen anciano, que me apreciaba mucho, le oí decir: «es lástima que esté así, porque era un muchacho que prometía...»

Escogí para la consulta al doctor H. Seijas, un médico joven, muy inteligente, muy enamorado de la ciencia y amigo mío. Después de un detenido diagnóstico, me dijo con cierta gravedad: — «Tu cerebro necesita fósforo... Vas á tomar lo que te indique en la receta que extenderé...; pero lo que tú más necesitas, ante todo, es abandonar por completo, pero *por completo*, ¿entiendes?, el café, los cigarrillos, la cerveza, los libros y... el amor...»

— Podías aconsejarme más bien que me suicidara...

— Nada... fósforo para el cerebro y... mucha higiene...

Es claro; lo que era fósforo me faltaba; eso lo sabía yo, aunque lo que me quemaba la sangre algunas veces no podía ser cosa de hielo, sino algo que tenía ó debía tener relación con un fósforo... cuando se frota. Obedecí casi por completo: dejé el café, que cambié por chocolate; dejé la cerveza, que cambié por agua fresca; dejé los libros, que cambié... no recuerdo por qué cosa; casi dejé los cigarrillos, que disminuí hasta seis; y traté de dejar el amor, alejándome de *mi adorado tormento* y yéndome á admirar *niñas vestidas de verde y adornadas con jazmines* (cafetas) en las haciendas de mi padre.

Un mes después, estaba curado. Los nervios, los brujos del organismo humano, dejaron de jugar malas pasadas: el cerebro volvió á irradiar con su fósforo de otros tiempos; el corazón volvió á su antiguo ritmo; la sangre no se permitió ya el lujo de encenderse por nimiedades... y volví á ser todo un hombre...

Tabaco, cerveza, café, libros y amor: cinco causas distintas de neurastenia y una sola calamidad verdadera. Muchos escritores se inspiran fumando. La cerveza hace muchas veces el papel de *númen* entre los alemanes. El café inspiraba ironías y sarcasmos á Voltaire. Los libros inspiran mucho á todos los *emborrachadores de cuartillas* que carecemos de originalidad; y el amor... el amor marea como el tabaco, embriaga como la cerveza, excita como el café y... enseña cosas muy tristes como muchos libros...

Esa pentarquía despótica del mundo culto, si, por separado, proporciona á veces cosas sublimes, en unión proporciona el célebre paso á lo ridículo, al que impulsa la obsesión de lo nuevo, llevada á la exageración. Más allá de ese ingente barrio latino de la bohemia *fin de siglo*, en donde se incuban á veces genios, están *las fronteras de la locura*, como en el caso de Guy de Maupassant.

Si se quiere rendir culto á esa pentarquía, y no exponerse á *carecer de fósforo*, es menester hacerlo... dosimétricamente; porque, vamos, eso de no tener fósforo, es decir, exponerse á estar á oscuras, es el *non-plus- ultra* del ridículo, en quien tenga la pretensión de poseer un cerebro que *despida luz*...

ANTONIO S. BRICEÑO

EL BUEN MOZO

ACABO, señora, — dijo Santiago á Geneveva, la hermosa viuda de triste faz y figura majestuosa, — de reforzar la entrada del jardín, con doble barra de hierro. Lo mismo hice ayer, con las puertas de la granja y las ventanas del piso bajo.



— No está de más, Santiago, — exclamó Geneveva. — Todas las precauciones son pocas, tratándose de peligros tan graves.

— Son, señora — añadió el criado, — unos vecinos terribles los huéspedes del bosque. La comarca entera está aterrorizada. ¡Se cuentan cosas espantables! Luego, nos encontramos aislados, la quinta más cercana dista lo menos una legua. En caso de sorpresa, nadie podría acudir en nuestro auxilio.

— Por eso, es necesario redoblar las precauciones y extremar la vigilancia, — repuso Geneveva. — Desde que esa horda de miserables merodea por estos contornos, se ha apoderado de mí una constante preocupación. Mis sueños son asaltados por horrosas pesadillas, y á cada momento se me figura ver levantarse sobre mi pecho un puñal asesino....

La puerta de la sala donde estaban Geneveva y Santiago se abrió suavemente, y un precioso niño de ojos azules y cabellos rubios apareció en su dintel, permaneciendo inmóvil un instante. Luego, cantando y riendo, se lanzó hacia Geneveva y saltó sobre sus rodillas.

Geneveva, estrechó apasionadamente el niño entre sus brazos, y le cubrió de besos. Después de aquel desahogo maternal, exclamó, reanudando su conversación con Santiago:

— ¡Dicen que el capitán de la cuadrilla es un joven tan simpático como arrogante?

— Eso cuentan los que le han visto, — respondió Santiago. — Alto y fuerte, de ojos negros y pelo ensortijado. Y por cierto, que el chico debe tener corazón de tigre, á juzgar por las atrocidades que comete. Su última víctima, ha sido un pobre arriero á quien, después de robar cuanto llevaba, colgó de un árbol. Poco antes, degolló á una anciana que volvía del monte con una carga de leña, y después de matarla, con una piedra enorme la aplastó la cabeza.

— ¡Qué horror! — murmuró Geneveva, oprimiendo nerviosamente contra su seno al niño que, con los ojos muy abiertos y las cejas fruncidas, escuchaba atentamente.



— Y apenas pasa día, sin que ese monstruo sacie sus crueles instintos en algún desdichado; — añadió Santiago.

— Corren rumores de que van á organizarse batidas, para su captura; — dijo Geneveva.

— Me parece difícil que lo consigan, — repuso Santiago, — porque esa gente parece que tiene alas, como los gorriones. Desde hace un mes, la guardia civil los persigue, sin poder dar con ellos. Algunas veces, los ven entre los matorrales lejanos; pero, cuando llegan, ya han desaparecido. Rodean aquellos lugares, escudriñan las peñas y las zarzas, y... nada. ¡Cómo si se los hubiese tragado la tierra! No encuentran huellas ni vestigios de su paso. Al siguiente día, es seguro, un cadáver aparece en el sitio opuesto de aquel en que se les busca.

— ¿Y la cuadrilla se compone de cinco hombres? — interrogó Geneveva.

— Sí, señora, de cinco, — respondió Santiago; — pero aseguran que la mano que ejecuta es la del *Buen mozo*, como llaman al capitán. Los otros son sus espías y cómplices. ¡El que asesina es él!

En esto, el niño rompió á llorar.

— ¡Tengo miedo, mamá, tengo miedo! — gritó.

Levantóse Geneveva, procurando tranquilizarle con una lluvia de caricias, mientras Santiago se sonreía bondadosamente.

— Anda, Santiago, — dijo Geneveva; — llévale al jardín y distráele un rato. Hemos hecho mal en hablar de estas cosas delante de él. Por Dios, no dejes de cerrar tu mismo, antes de que anochezca.

— Descuide la señora, y confíe en mí, — repuso Santiago. — Con el refuerzo de las dobles barras de hierro, se encontrarían con que la casa era un fuerte inexpugnable. Además, tenemos por centinela á *León*, enemigo que no se deja vencer fácilmente.

Santiago saludó y salió de la habitación, llevándose al niño, que continuaba llorando.

Geneveva arrastró una mecedora hasta la ventana, abrió los cristales y se sentó frente al horizonte. La tarde comenzaba á caer. Corría el mes de Marzo. La brisa perfumada que subía del parque, al rozar la frente de la viuda, la produjo una sensación deliciosa; y hundiendo la mirada en el fondo del bosque donde realizaba sus hazañas *El buen mozo*, terror de aquellos humildes campesinos, Geneveva, abstraída, sintió pasar por su alma, como un sueño, toda su historia. Su niñez dichosa y alegre, su adolescencia alumbrada por el sol del único amor de su vida, por su gran amor consagrado á Germán, aquel petimetre tan simpático y gallardo, como perverso; de elevada estatura, complexión recia, dulce sonrisa, ojos negros y pelo ensortijado, que con la misma tranquilidad que echaba flores á las muchachas, saltaba, por entretenerse, con la punta de un alfiler, los ojos á las palomas; aquel jovenzuelo que también la idolatró con locura, y á quien ella, en un arranque de suprema energía, abandonó, por no poder vencer sus impulsos de criminal innato. ¿Qué sería de él? ¿Habría

llegado á operarse en su temperamento una reacción favorable? Y de no ser así, ¿cuál sería el presidio devorador de aquella encarnación de la fiera humana, ó cuál el patíbulo cuyo tablado había sostenido su cuerpo, plétórico de vigor y de salud, arrastrado allí por la fuerza tremenda de una inconsciente predisposición al mal? Aquí Geneveva se detuvo, procurando prolongar su impresión dolorosa, y encontrando en ella una especie de consuelo acre, que la producía opresión angustiosa en el pecho y sensación de frío de aguja en las sienes. Luego, evocó la memoria de sus luchas homéricas y sus combates cruentos, para olvidar aquella pasión desastrosa, que había dejado para siempre, en el fondo de su espíritu, la estela imborrable de los ideales sin esperanza. Más allá, lanzando su memoria hacia adelante, recordó su matrimonio, por conveniencia, con el burdo pero rico propietario, padre de su hijo. Los disturbios inacabables y las sempiternas disensiones de su hogar, causados por la diferencia de educación y la incompatibilidad de caracteres, su viudez temprana y sin dolor, y su retiro y aislamiento voluntarios á aquellas soledades, donde vivía sólo consagrada al cariño de su hijo, lo único glorioso que para ella encerraba el mundo. Y mientras la tarde caía en brazos de la noche, aquella alma orgullosa, noble y honrada, gemió con el sollozo de las grandes melancollas, y volvió, sin querer, á inmersirse en el recuerdo del gran amor de su vida, en el recuerdo de Germán, el petimetre simpático y bello, que con la misma tranquilidad que echaba flores á las muchachas, saltaba, por entretenerse, con la punta de un alfiler, los ojos á las palomas...

Era la alta noche. En la granja reinaba absoluto silencio. No se oían, como otras veces, los breves y roncós aullidos de León, que anunciaba, ladrando, hasta el movimiento de las hojas.

Una lámpara de tenue luz, velada por una bomba de cuajado cristal, alumbraba débilmente la alcoba de Geneveva.

Esta dormía.

Junto á su lecho, en una preciosa cuna de caoba, recamada de flores, dormía el niño.

Un ligero ruido que sonó en el dormitorio, despertó á Geneveva, quien abrió los ojos y creyó por un momento sufrir la visión de Germán. Pero, al vencerse de que el que tenía en su presencia era él, él mismo, con su airoso continente, sus ojos negros y su pelo ensortijado, lanzó un grito terrible.

El buen mozo, que, con la sonrisa en los labios y el puñal en la diestra, adelantaba con paso cauteloso hacia la cuna, volvió la cabeza, y al ver á Geneveva, verticalmente rígida sobre el lecho, con el rostro lívido y las cruzadas manos, furiosamente tendidas hacia delante, palideció de una manera intensa, dejó caer el puñal, llegó hasta el niño, que seguía durmiendo, le besó en la frente, y desapareció como había entrado, como una sombra.



PEDRO BARRANTES

RAMON ALSINA



GALAS DE MAYO

A. MAS Y FONTDEVILA



LA PRIMERA COMUNION